

cuanto momento decisivo en el itinerario desde el pecado a la plenitud del amor cristiano...

Esa opción por un enfoque teológico neto se une, en su metodología expositiva y, previamente, en sus planteamientos de base, a una preocupación igualmente neta por marcar la gratuidad de lo sobrenatural y, como medio para ello, la distinción entre lo natural y lo sobrenatural. De ahí que en diversos capítulos —particularmente en los dedicados al fin último y a la virtud— la exposición se doble tratando el tema primero desde una perspectiva natural (fin último natural, virtudes adquiridas) y sólo luego desde una perspectiva sobrenatural o cristiana (fin último sobrenatural, virtudes teologales e infusas). Este forma de proceder, que implica un modo de concebir las relaciones natural-sobrenatural deudor, en última instancia, de las ideas de Cayetano, es susceptible de diversas críticas; sin entrar en ellas, digamos sólo que conduce de hecho a reiteraciones, que, situándose de lleno en la perspectiva de la llamada a la comunión con Dios —lo que, en el enfoque histórico-concreto que debe caracterizar a la Teología Moral, resulta en todo caso legítimo—, hubieran podido ser evitadas, haciendo más ágil la exposición y, en consecuencia, más fácil la lectura y el estudio.

J. L. ILLANES

J. WILKINS, *Understanding Veritatis Splendor. The Encyclical Letter of Pope John Paul II on the Church's moral teaching*, SPCK, The Cromwell Press, Melksham, Wilts 1994, 182 pp. 14 x 22.

El semanario católico inglés *The Tablet* fue recogiendo en los años 1993 y 1994 los primeros análisis y comentarios que diversos teólogos y profesores de teología o de filosofía moral fueron realizando a la entonces recientemente aparecida Encíclica *Veritatis Splendor*. Firmas como las de John Finnis, German Grisez, Bernhard Häring, Richard McCormick, Josef Fuchs, etc., de tan diversos planteamientos filosófico-teológicos vertieron en las páginas de la revista sus primeras impresiones sobre el documento pontificio.

El presente libro recoge ahora, junto con el texto completo de la Encíclica, esas colaboraciones, siendo uno de los primeros de esta índole —con opiniones encontradas— publicados.

Aunque las colaboraciones eran todavía una primera impresión o rápido análisis del documento, el volumen tiene el indudable interés de presentar reunidos tan diversos puntos de vista sobre el mismo asunto.

Wilkins, editor de *The Tablet*, abre el volumen con una breve introducción que sitúa el documento en su contexto histórico-cultural, la sociedad pluralista de nuestros días, y presenta algunos de los puntos fundamentales del documento que han suscitado la discusión entre los estudiosos del tema: la existencia de actos intrínsecamente malos con la consiguiente interpretación de la ley moral natural, la dialéctica entre la conciencia formada y el Magisterio de la Iglesia, la posibilidad del disenso frente al Magisterio moral, etc. Con sus palabras, Wilkins no toma postura por ninguna de las opiniones en juego, sino que simplemente presenta la discusión diciendo, con acierto, que todos comparten las afirmaciones de la Encíclica sobre la conexión entre la verdad y la libertad, así como el convencimiento de que la verdad es un antecedente real y cognoscible de los caminos de actuación que se pueden elegir, de modo que las obligaciones morales son descubiertas, no inventadas. Pero discrepan sobre la elaboración doctrinal que se hace de estas verdades, y de los argumentos que la soportan (p. xi). Como es natural, sobre esta afirmación de Wilkins es preciso además advertir que no todos conciben la verdad moral y la ley moral de la misma manera, de tal modo que es posible el desacuerdo porque, en el fondo, no terminan de ser comunes los puntos de partida.

Me han llamado particularmente la atención dos afirmaciones de la introducción de Wilkins. Al referirse al comentario pontificio del martirio como del paradigma de fidelidad a la verdad, dice que «no es obvio que la mayoría de los martirios fueran un testimonio de ética, sino más bien de fe». No creo que se pueda estar completamente de acuerdo con esto. La mayoría de los martirios proceden de no querer seguir una conducta que se juzga incompatible con la fe: la adoración de los dioses paganos o del emperador. Es decir, tienen como causa un testimonio vital, no una simple creencia; aún mejor, tienen como causa un testimonio vital que se considera en vinculación necesaria con la fe que se profesa, que no es compatible con ciertas conductas. La expresión es como mínimo desafortunada, si es que no procede de una confusión del fondo al que precisamente se dirige la Encíclica: no comprender que la fe implica necesariamente un testimonio vital específico. Más adelante, ya al final de sus palabras, sitúa la Encíclica como una vía media entre el colectivismo comunista y las deficiencias del individualismo liberal. Aunque se entiende lo que quiere decir, de nuevo me parece que la expresión es desafortunada, ya que está empleando una terminología y unas categorías que pertenecen al ámbito de la discusión en torno a la doctrina social de la Iglesia, no al de sus convicciones sobre los fundamentos de la moralidad. Y la *Veritatis Splendor* no

es un documento social, ni por su índole puede ser contextualizada como lo hace el editor. Se pueden confundir planos.

Por lo que respecta ya a las colaboraciones que recoge, hay que decir, como era de esperar, que revisten muy diverso signo, aunque con el denominador común, ya mencionado, de no querer ser en ninguno de los casos un análisis profundo del documento pontificio. A mi juicio son destacables las aportaciones de Grisez, Häring, McCormick, Fuchs y Finnis, por su reconocido renombre en el tratamiento de todos estos temas.

En síntesis, se puede decir que las ideas centrales que aquí exponen quienes son críticos respecto a la Encíclica, se pueden resumir en dos. De una parte, según su modo de ver, los puntos doctrinales criticados en el documento no responden a las tesis que ellos mantienen. Es el caso de McCormick (*Killing the patient*, pp. 14-20) respecto al proporcionalismo y de Fuchs (*Good acts and good persons*, pp. 21-26) respecto a la opción fundamental. De aquí que, por un lado se sientan molestos con las afirmaciones que allí se vierten, y, por otro, digan no sentirse afectados de fondo por esos juicios. Explican sus tesis, tal y como ellos las entienden, con brevedad pero también con claridad. De otra parte, sostienen más o menos veladamente, que todo el documento tiene como objetivo asentar la doctrina de la ilicitud moral de todo género de práctica contraceptiva. Me ha llamado la atención el tono de la intervención de Häring (*A distrust that wounds*, pp. 9-13), centrada en la cuestión del disenso. Más que argumentos racionales y teológicos, deja la impresión de una crítica amarga a la persona misma del Papa y sus modos de proceder.

Las colaboraciones de Grisez (*Revelation versus dissent*, pp. 1-8) y Finnis (*Beyond the encyclical*, pp. 69-76), entre otras, se centran por el contrario, en resaltar el hecho de que lo que el Papa expone quiere ser y es un desarrollo de la comprensión de la Revelación en el Magisterio acerca de estos temas. De aquí que hagan hincapié en que el disenso respecto a sus afirmaciones se sitúe fuera de la comprensión *católica* de la Escritura.

Me ha gustado particularmente el tenor de la reflexión de Finnis. Viene a sostener que, en un mundo contemporáneo dominado por un pensamiento post-cristiano que permite todo lo que posibilita alcanzar los propios deseos, muchos teólogos han propuesto teorías que puedan hacer *comfortable* la vida en este mundo *real*. La Encíclica rechaza esas teorías como incompatibles con la verdad revelada. Y lo hace más, a juicio de Finnis, en el primer capítulo que en el análisis de las posturas criticadas. Allí pone la Revelación como referencia de juicio de todos esos intentos. Y así, adopta una postura, al reafirmar con vigor la existencia de actos intrínsecamen-

te malos, no sólo filosóficamente defendible, sino necesaria para preservar la sustancia moral de la fe de la Iglesia (p. 74). La Encíclica va, según su parecer, mucho más allá de la contracepción, la ética sexual, etc. De aquí también que las posturas críticas sean difícilmente sostenibles cuando se tiene una *comprensión católica* de la Escritura.

Estas afirmaciones de Finnis, en sintonía con las ya mencionadas de Grisez, han sentado mal en ambientes críticos hacia el documento pontificio, dando lugar a reacciones que por su poco rigurosa fundamentación son, a mi modo de ver, más viscerales que científicas. Es el caso, por ejemplo, de S. Fagan, que tacha de fundamentalista la postura de Grisez (cfr. *The Encyclical in Focus*, en «The Tablet», 247 (20 noviembre 1993) 1519, no recogida en este volumen), o de P. Hebblethwaite, que acusa a Finnis de asumir voluntariamente el papel de inquisidor (cfr. *Veritatis splendor in focus*, en «The Tablet», 248 (15 enero 1994) 46, tampoco recogida en el presente volumen). Como se puede ver en estos y en otros muchos autores de esta línea, la concepción que se mantiene, no ya del papel del Magisterio en la Iglesia, sino de la interpretación misma de la Revelación, no coincide demasiado con la que ha sostenido siempre la tradición católica, acercándose más bien, a mi juicio, a la protestante.

Por lo ya dicho se comprende que esta obra, aunque sin grandes pretensiones desde el punto de vista analítico o teológico-científico, presenta el indudable interés para el lector de dar a conocer las reacciones frente a la Encíclica de autores de reconocida relevancia en el campo de la moral, siendo, por lo tanto, enormemente ilustrativa de la postura de cada quien en la teología moral de nuestros días. Por este motivo seguiremos presentando en estas mismas páginas obras semejantes de reciente publicación en las diversas áreas lingüísticas.

E. MOLINA

Florent GABORIAU, *Thomas d'Aquin. Penseur dans l'Église*, FAC, Paris 1992, 200 pp., 14 x 21.

El libro de Gaboriau que ahora reseñamos es un ensayo en el que el autor quiere responder a dos preguntas: ¿Por qué la Iglesia ha optado por Santo Tomás de un modo tan claro? y ¿cómo ha sido recibido Santo Tomás de hecho por los pensadores cristianos de nuestro siglo?

En el origen de las declaraciones magisteriales a favor de una vuelta a los estudios de Santo Tomás estaba el deseo urgente de renovar los estu-